

Corín Tellado

*Él cambió
mi vida*

COLECCION
CORAL



Tenía veinte años y era la primera vez que se había tropezado con un hombre digno de su cariño.

Pero era un hombre pobre y sin proyección de futuro... y ella, en cambio, disponía de una sólida fortuna familiar.

Y además, aquel hombre... ¡era el hijo de su padrastro!

Un relato inolvidable en el que Corín Tellado recrea una vez más su extraordinaria capacidad de fabulación en torno a hechos tan reales como la vida...

Capítulo 1

El portero se inclinó ceremonioso y saludó:

—Buenos días, señorita Begoña.

—Buenos días, Senén.

—Hace mucho frío, ¿eh?

—Tremendo —y con brevedad, penetrando en el palacio—: Cuide mi coche, Senén.

—Descuide la señorita.

La señorita, en cuestión, atravesó el vestíbulo y lo dejó atrás. Al ir a poner la mano en el pomo de la puerta del salón, lo pensó mejor, dio la vuelta y se aproximó al ventanal. Los visillos eran finísimos, y no precisó retirarlos para mirar hacia la calle y ver lo que allí había. Coches que iban de un lado a otro, tranvías, trolebuses y peatones, pero esto no interesó a María Begoña Uria de Velasco. Los ojos color turquesa, de frío y altivo mirar, cayeron sobre una figura de hombre vestido de oscuro, tocada la cabeza con un sombrero y vistiendo gabán gris.

—Mentecato —rezongó María Begoña.

El hombre dio la vuelta al «Mercedes» de Begoña y luego se alejó calle abajo, con las manos hundidas en los bolsillos del gabán. La joven se retiró del ventanal y se dispuso a atravesar el salón.

—Buenas tardes, señorita Begoña —saludó el ama de llaves de su abuela, saliendo del cuarto de plancha.

—Hola, Serafina. ¿Y mi abuela?

—Como hace tanto frío, no salió de sus habitaciones.

—Voy a entretenerla un rato. Si me llaman por teléfono, me avisa.

—Desde luego, señorita Begoña. Debo advertir a la señorita, que la señora preguntó ya dos veces por usted.

—La tengo mal acostumbrada —sonrió la joven.

Y se perdió, no tras la puerta del salón, sino en las escalinatas alfombradas que conducían al segundo piso.

Atravesó éste y empujó la puerta del fondo. Una dama anciana, de porte majestuoso, cabellos muy blancos y ojos de expresión bondadosa, sonrió a la recién llegada desde el fondo de un sofá.

—Ya creí que hoy no venías, querida.

Begoña se aproximó a ella. La besó por dos veces, se quitó el abrigo, de corte inglés, y se sentó frente a ella.

—Ya me dijo Serafina que preguntaste dos veces por mí. Y yo le dije que te tengo mal acostumbrada.

—Creo que la culpa la tienen tus padres. Ellos nunca recuerdan que existo.

Begoña alzóse de hombros.

—Si no están en Madrid.

—¿Otra vez de viaje?

—Mamá es insaciable. Y papá vive para complacerla.

—Hum... —rezongó la dama—. ¿Y de ti, quién se ocupa?

—Bah, ya sabes que estoy habituada a valerme por mi misma o de personas asalariadas.

—Hija, estimo que debieras vivir a mi lado, te lo dije muchas veces desde que regresaste definitivamente del pensionado.

—Papá lo sentiría.

—Papá —recaló la dama—, es un estúpido, y he de reconocerlo así, aunque sea el marido de mi hija. Muerto tu padre, mi hija nunca debió casarse otra vez, y sobre todo con un hombre que le dobla la edad.

—Son cosas de la vida, abuelita —trató de tranquilizar a la anciana dama.

—Si. Son cosas de la vida que a ti no te agradan.

—¡Bah! Ahora ya estoy acostumbrada. Al principio dolió, pero... ¡era tan niña entonces! Además, abuelita, Jaime no es malo, te lo aseguro. Un poco inconsciente, un poco frívolo, pero... malo, no, y a veces creo que me quiere mucho.

—Pero se deja arrastrar por tu madre en su loco deseo de viajar, y te dejan sola por menos de un real.

—Ya te he dicho que ello no me disgusta. Me agrada la soledad.

—No puedo soportar a Jaime —refunfuñó la dama—. Y nunca le perdono a mi hija que haya buscado un segundo esposo. Parecía amar tanto a tu padre.

—Mamá era entonces demasiado joven. Y Jaime la ama mucho.

—Es cierto. Y a propósito de hombres. ¿Te siguió el desconocido?

Los ojos bonitísimos de Begoña relampaguearon.

—¡Valiente impertinente!

—¿Te siguió?

—Desde hace un mes, me sigue a todas partes.

—¿Estás segura de que te sigue a ti?

—Naturalmente. Un ciego lo observaría.

—¿Conoces su nombre?

—No. Ni me interesa.

Patro, la doncella, pidió permiso para entrar.

—Llaman al teléfono a la señorita Begoña.

—Tengo que dejarte, abuelita. Los amigos me reclaman.

—Mañana ven antes, querida mía.

—Te lo prometo.

—¿Lo conoces?

—No —dijo Elvira—. Es la primera vez que lo veo.

—Me críspala. Con esas gafas y esa cabeza desafiadora, y ese porte indolente... me resulta odioso.

—No obstante, hemos de reconocer que es soberbio. ¿Quieres que pregunte a los amigos si lo conocen?

—No. ¿Para qué? Ya se cansará de seguirme.

—Hace un mes que estás diciendo lo mismo, y el desconocido continúa yendo a todos los lugares donde vas tú.

Begoña se mordió los labios. No respondió.

—Oye —insistió su amiga—. Carlos es como un sabueso, y se enteraría en seguida de quién es el tipo ese que parece un actor de cine americano.

—Te he dicho que no deseo saber quién es.

Se hallaban en una cafetería de moda. Ocupaban una larga mesa. Los amigos hablaban y reían, mientras las dos jóvenes cuchicheaban lo antedicho.

El desconocido se hallaba recostado indolentemente en el mostrador, y de vez en cuando, siempre a través del espejo, contemplaba a Begoña, ocultos los ojos tras unos cristales ahumados. Era alto, ancho, de atléticas espaldas y porte elegante. Vestía con distinción y tenía unas manos finas. Fumaba largos cigarrillos que no parecían españoles, y todo su porte en él era el de un extranjero adinerado.

—Yo, en tu lugar, averiguaría su nombre.

—Te he dicho que no, Elvi. No me interesa.

—La curiosidad, mujer.

—Ni eso —desdeñó.

Se acercaba la hora de retirarse. Fue la primera en ponerse en pie. En aquel instante, el desconocido pagó y recogió el sombrero.

—Beg —rió Elvirita, tocando disimuladamente el brazo de su amiga—. Hoy te aborda. Si te habla, ¿qué vas a decirle?

—No me hablará, y si se atreve a hacerlo, tendrá la respuesta adecuada.

Salieron a la calle. Todos tenían coche. Pertenecían a familias opulentas, de rancio abolengo. La más rica de todas, Begoña, por ser hija única y tener una abuela millonaria. A Begoña le tenía muy sin cuidado su fortuna y su nombre. Era orgullosa y altiva porque lo heredó de su casta, como un galardón más de su persona, pero el dinero no la enva-

necía. Además, Begoña, cariñosa por naturaleza, ocultábalo como un defecto, pues carecía de afectos verdaderos, exceptuando a su abuela. Educada en un colegio extranjero, y siempre en poder de manos mercenarias, aprendió en la vida a dobligar sus ansias de mujer y sus debilidades personales, lo cual contribuyó a formar su carácter cerrado y frío, que, en su infancia, al decir de su abuela, no era cerrado ni frío.

Ella subió al «Mercedes» color azul pastel. Dijo adiós a sus amigas. El desconocido estaba en la puerta, apoyado negligentemente bajo la marquesina encristalada. Tenía un cigarrillo en la boca, y, pese a la oscuridad de la noche, continuaba protegiendo sus ojos bajo las gafas ahumadas. En aquel instante tenía el sombrero entre los dedos, y Begoña, de refilón vio su negro pelo peinado hacia atrás con sencillez muy varonil. Indudablemente tenía razón Elvirita. Era un tipo de hombre soberbio.

Apartó la mirada con la misma presteza que la clavó en él y puso el auto en marcha.

Llegó a su casa malhumorada, furiosa consigo misma y con aquel desconocido impertinente, que desde hacía un mes la seguía a todas partes.

Comió sola en el gran comedor. Siempre sola, porque si su madre y su padrastro no estaban de viaje, iban a alguna fiesta. Ya no le asustaba la soledad, pero... dolía aquel silencio sepulcral del palacio de la Castellana. Aquel andar quieto de los servidores, aquellos mudos rostros, siempre impasibles.

Se retiró a su aposento y se sentó ante el tocador. El espejo le devolvió la imagen. Era morena, azules los ojos de frío mirar, si bien, en el fondo de las pupilas se ocultaban, como pecados inconfesables unas chispas doradas que denotaban el temperamento emocional que se sojuzgaba de continuo.

Tenía el pelo negro, cortado a la moda, una boca sensible, y una nariz recta, clásica. Alta, esbelta y joven, resulta-

ba una de las más hermosas muchachas de la buena sociedad. Tenía muchos pretendientes, pero Begoña, aunque aparentemente fría y altiva, guardaba en el fondo de su ser una creencia firme y segura del amor, y lo esperaba en la vida como un milagro. Un milagro que sin duda existía, y había de llegar a su solitaria existencia.

Aparecieron inopinadamente al día siguiente, cuando Begoña se tiraba del lecho. Como siempre, para no variar, llegaron haciendo ruido, cargados de sombreros y maletas, y la frívola euforia de su madre, que a veces, aunque Begoña, pensadora por naturaleza, no lo quisiera, despertaba ansias de vida en ella y contagiaba su entusiasmo. Su madre sería siempre joven, eternamente coqueta, y como tenía un marido que la complacía en todo, Begoña no podía, en justicia, reprocharle aquella natural exuberancia juvenil.

—¿Dónde está la niña? —oyó que preguntaba.

La niña (su madre siempre la llamaba así) salió de la alcoba, atando el cordón de la bata. Atravesó el vestíbulo superior y se asomó a la balaustrada.

—Hola. ¿Qué tal el viaje, pareja?

—Querida mía —saltó Leónides con su frivolidad habitual—, maravilloso. Hemos pasado unos días deliciosos, ¿verdad, Jaime? —el caballero asintió—. Verdaderamente encantadores, niña. ¿Cómo estás aquí? Ya veo que estupenda. ¡Oh, qué frío hace...! ¿No bajas, niña?

La niña bajó y los besó a los dos. Don Jaime Esteban sonreía bonachonamente. Era un hombre alto, de cabellos grises y ojos claros. Contaría a lo sumo cincuenta y ocho años, pero no los aparentaba. Se había casado con su madre a los pocos años de quedar ésta viuda. Y el primer matrimonio lo había efectuado Leónides, a los diecisiete años. Tenía Begoña siete años cuando su madre se casó con Jaime, caballero también viudo y millonario, que vivía para complacer a su joven y bella esposa. Hacía quince años que

se habían casado, y Begoña nunca les oyó una disputa. Jaime adoraba a su esposa y quería a la hija de ésta, si bien ambos eran frívolos e inconscientes, Begoña no podía reprochárselo, porque, como quiera que fuese, los dos eran muy felices.

—Estás paliducha —apuntó Leónides, pero en seguida se olvidó de ello y exclamó, gozosa—: ¡Oh, niña! Qué bonita estaba Suiza. Fuiste una tonta negándote a acompañarnos. ¿Verdad, Jaime, que lo pasamos de maravilla?

El caballero como siempre, se limitó a asentir. Y Leónides continuó, al tiempo de penetrar en el salón:

—Allí encontramos a los Ruiz de Mendiola y a los Martínez de Gaitán. Y a muchos otros. Qué días y qué bailes y qué todo. ¡Oh, qué cansada estoy! ¿Quieres pedirme el desayuno, niña? Siéntate, Jaime. Estarás rendido. ¿Por qué hará tanto frío en Madrid?

Así, con juvenil frivolidad, Leónides pasaba de un tema a otro con su volubilidad habitual. Ni el esposo se extrañaba ni la hija podía reprochárselo. Leónides era así y así continuaría hasta morir. Y Begoña estaba segura de que aun en su lecho de muerte, hablaría de bailes, reuniones, casas de modas y viajes a París o Italia.

—Si tanto te divertías, ¿por qué has venido tan pronto? —preguntó Begoña, después de pedir los desayunos.

—¡Oh, cosas de Jaime!

Este se sentó y cruzó las piernas. Con su suavidad habitual, explicó:

—Tú sabes que tengo un hijo, Begoña.

La joven asintió y Leónides lanzó un bostezo.

—No saques a relucir viejas historias, querido mío.

—Pero mamá...

—Tengo sueño y cansancio —dijo Leónides, pensando como siempre sólo en su egoísmo—. Me voy a la cama, y que Jaime te explique los motivos por los cuales hemos regresado antes de lo previsto —lanzó un beso con la punta de los dedos y se alejó bostezando.

Hubo un silencio.

Jaime encendió un cigarrillo y fumó aprisa. De pronto dijo:

—Ya sabes, Begoña, que cuando me casé con tu madre yo era viudo.

—Si.

—Eras tan niña entonces —añadió él dulcemente—. No quise imponerte un hermano, y mi hijo quedó con sus abuelos en Francia. Fui a visitarle alguna vez, y al cerciorarme de que con su abuela estaría mejor que conmigo, lo dejé allí y egoístamente fui olvidándome poco a poco de que tenía un hijo. Mis padres murieron hace algunos años. Luis Celso (asi se llama mi hijo) prefirió irse a un colegio, a venir aquí a vivir con nosotros. No me opuse. ¿Crees que hice mal?

—No soy nadie para juzgarte de lo que hiciste, papá.

—Si, hice mal —apuntó pensativamente—. Debí traerlo conmigo, buscar si no su cariño, su estimación. No hice nada de eso. Por el contrario, me sentí como liberado de un peso. Consideraba, entonces, que no debía imponer a tu madre un hijo que no era suyo.

—Papá, te olvidas de que mamá te impuso a su hija.

Jaime rozó los dedos femeninos y los acarició con dulzura.

—Te tuve a mi lado desde tan niña, que nunca se me ocurrió pensar que no eras hija mía.

—Gracias, papá.

—Luis Celso dejó el colegio. Vino a España a estudiar, y yo no lo supe. Más tarde se dedicó a trabajar y colabora en un periódico francés. Esto lo supe hace días, cuando viajaba hacia España. Hace años, muchos años que no le veo.

—Es lamentable que casi no conozcas a tu hijo, papá.

Jaime pasó los dedos por la frente.

—Si. Por eso estamos en España. ¿No ha venido a esta casa?

—No. Aquí no vino nadie.

—Vendrá. No creo que estando en España, pase por ésta sin hacer una visita a su padre.

—Tú has estado muchas veces en Francia, papá, y no has ido a verle.

De nuevo Jaime pasó los dedos por la frente.

—Es cierto —admitió, pensativo.

—¿Dices que se dedica a escribir?

—Sí. Para el periódico. En Francia supe que carecía de fortuna. Lo cual me hace suponer que sus estudios los costeó con el dinero que le quedó de su madre.

—¿Cuántos años tiene?

—Ahora treinta.

La doncella entró con el desayuno y ambos cambiaron el rumbo de la conversación.

Capítulo 2

Begoña Uría de Velasco se sintió inquieta, tuvo como un vago presentimiento y miró de un lado a otro. En efecto, el desconocido estaba a dos pasos, y el acomodador de cine le señalaba un lugar a su lado. Estuvo tentada de levantarse, pero lo consideró una cobardía.

Ella había salido de su palacio de la Castellana, con el firme propósito de ir a ver a su abuela, como todas las tardes. Al cruzar ante aquel cinematógrafo, le tentó la película, y como era temprano entró.

Begoña era una chica muy distinguida, pero, a veces, le agradaba comportarse en la vida como una mujer vulgar y sencilla muchacha de barrio. Y allí estaba, enfundada en su simple gabardina, un pañuelo atado al cuello, y esperando la película, como cualquier modistilla.

Lo que no esperaba era que el desconocido la siguiera hasta allí. El hombre se sentó a su lado correctamente. Nada en él denotaba que estuviera allí por ella, y Begoña, si bien se sintió inquieta e indignada, nada pudo hacer o decir que denotara su descontento.

El desconocido no se quitó las gafas. Dobló el gabán sobre las rodillas y colocó su sombrero. Después se dedicó a mirar hacia la pantalla.

Olía a loción cara, muy masculina, Begoña pudo ver, por el rabillo del ojo, sus finas manos morenas, de largos y nerviosos dedos, desprovistos de sortijas. Su traje era de calidad superior, y sus ademanes personales, negligentes.

Esperó a que él le dijera algo, para afejar su conducta, pero el hombre no habló. Al verle tan quieto y atento a la

pantalla, diríase que no estaba allí por ella, pero Begoña sabía lo contrario.

Finalizó la película, y ambos salieron, uno por cada lado.

Begoña se aproximó a su coche, subió a él y lo puso en marcha. Al mirar hacia atrás, lo vio en la acera, con el sombrero calado hasta los ojos, y las manos en el bolsillo del gabán. Parecía una estatua y la miraba. Begoña hubiera dado algo porque él se le aproximara y se quitara las gafas. Aquellas gafas tan oscuras, que no dejaban ni un pequeño claro que permitiera atisbar el color y la expresión de sus ojos.

Con rabia puso el coche en marcha y se alejó de aquel lugar.

Al verse ante la abuela, desahogó su mal humor.

—Pero, muchacha...

—Me descompone, abuela, no lo puedo remediar. Si le llamo la atención, dirá, y con toda la razón, que no me sigue. Y es cierto que me sigue. ¿Y por qué me sigue con tanta insistencia?

—Calma, calma.

—Asi pudiera. Tú, en mi lugar, sentirías la misma indignación. Un mes y pico sintiendo las odiosas gafas sobre mi figura. Parece un poste. ¿Sabes lo que hizo hoy?

—Si tú no me lo dices...

—Yo venía hacia aquí. Como era temprano entré en un cine.

—¿Y bien?

—Se sentó a mi lado —exclamó, con voz ahogada—. ¿Te das cuenta? A mi lado.

—¿No te habló?

—¿Hablarle? —rezongó—. Ni me miró siquiera.

—Y ello te molesta —rió con picardía la dama.

—¿Molestarme?

—Sí, niña, si. Eso te molestó. Eres muy serena y muy ecuánime y te hubiera gustado despreciarle, y él no te dio esa oportunidad. ¿Sabes, muchacha, que el desconocido

me gusta? Sin duda alguna conoce bien a las mujeres y sabe hacerse desear.

—¡Abuela!

—¿No estoy diciendo la verdad? —preguntó inocentemente.

—Estás diciendo un disparate.

—Ta, ta... Tenemos la mala costumbre de llamar disparates a las veraces. Yo te aseguro —añadió sentenciosa—, que si el desconocido sigue así, logrará enternecerte de tal modo, que tú, tan reacia a enamorarte, te preñarás de él como una colegiala.

Se sulfuró, si bien no le sirvió de nada, y marchó dejando a su abuela riendo irónicamente.

Al salir del principesco palacio, lo primero que vio fue al desconocido, en la puerta de un templo con el sombrero echado sobre las gafas, y fumando tranquilamente un cigarrillo.

—Hola.

—¿Tú?

—Claro. ¿Tanto te extraña?

—No tienes ni idea. Te imaginaba lo menos en el Congo.

—Pues estoy en tu patria, que por cierto, me gusta mucho.

Un abrazo y Alfonso Santos, famoso abogado criminalista, ofreció un asiento a su amigo.

—¿Desde cuándo andas por estas tierras?

—Un mes.

Alfonso se enojó.

—¿Y tienes el valor de decirlo? ¿Qué has hecho que no has venido antes a verme?

—Ignoraba tus señas. Hube de hacer volantines para encontrarte.

—En el listín...

—Si. Cuando me di cuenta, eso hice.

—Además, si hubiera preguntado... A mí se me conoce mucho en Madrid.

—Ya lo sé, pero tú no ignoras que me revienta hacer preguntas, cuando puedo averiguar lo que me interesa por mí mismo.

—Ya. Como siempre, soberbio hasta en eso. Personal, como nadie. ¿Te reporta la vida algún beneficio por ser así?

—No muchos —rió áspero—, pero ya sabes que no espero de la vida grandes cosas, excepto las que tengo.

—Que son muchas —apuntó Alfonso.

El amigo alzóse de hombros.

—No me quejo.

—¿Fumamos?

Lo hicieron. Se miraron mutuamente y ambos sonrieron.

—Necesito un informe —dijo de pronto mirando a Alfonso de frente—. A ti puedo preguntarte.

—Lo cual indica, que sigo siendo para ti algo así como una continuación de tu persona. ¿Sabes lo que recuerdo muchas veces? Aquella noche que en el colegio nos cortamos en los dedos a estilo indio y unimos nuestra sangre.

Rieron de nuevo.

—Hermanos hasta la muerte... Si, yo también lo recuerdo. Tal vez por eso estoy aquí.

—Pide el informe.

—Viviendo en Madrid, y siendo tan conocido, tú tendrás también que conocer a una chica de pelo negro, ojos azules, que va siempre en un «Mercedes».

—¡Oh! De esas hay muchas en Madrid.

—Sé su nombre.

—Pues empieza por ahí.

—Begoña Uria de Velasco.

—¡Caray!

—¿Por qué esa exclamación?

—Porque picaste alto. ¿Amor?

Rió desdeñoso.